

REPARTO

Personajes

Actores

DON OCTAVIO OSORIO	<i>Salvador Mora.</i>
DOÑA ROSARIO	<i>Leocadia Alba.</i>
CRISTINA	<i>Joaquina Pino.</i>
ALVAREZ	<i>Ramón Peña.</i>
LUISA	<i>Carmen Herrero.</i>
LA PLANCHADORA	<i>Luisa Ruiz.</i>
LA COCINERA	<i>Emilia Benito.</i>

La acción en Madrid. — Verano.



ACTO UNICO

Gabinete amueblado con gusto en casa de don Octavio Osorio.

DOÑA ROSARIO, anciana de noble aspecto, pero llena de achaques, está sentada en un sillón y da órdenes a LUISA, que concluye de arreglar el gabinete, en el cual se observa todavía cierto abandono.

ROSARIO Deja eso ya. Cuando venga la señorita Cristina lo pondrá en su sitio... También tendrá que darse una vuelta por el comedor.

LUISA Todo está en orden, señora.

ROSARIO Nada está en orden hasta que no lo pone ella. Si no fuera por Cristina, yo habría muerto ya entre descuidos de criadas e inutilidad de las otras hijas. Gracias a Dios que nos quedamos solas, porque su padre es como si no viviera aquí, y que mi vejez descansada va a empezar.

LUISA ¡Qué bien ha quedado la comida, señora! Lo que habrán rabiado los vecinos...

ROSARIO Las comidas de bodas en las casas salen más caras que en los restaurantes... Recoge ese pedazo de gasa, mujer; juraría que es del manto de la novia.

LUISA El señor Alvarez le pisó la cola a la señorita Lucía.

ROSARIO Anda hoy muy atontado ese buen Alva-

rez. Siempre parece que es él quien se casa... En las bodas de mis otras tres hijas fué lo mismo. Menos mal que es la última.

LUISA Ahora falta la de la señorita Cristina.
ROSARIO Ahora falta que te calles... Ya me extrañaba a mí que no hubieras dicho ninguna tontería.

LUISA Es que tiene gracia que se hayan casado las menores y que la mayor...

ROSARIO No tiene gracia ninguna... Anda, asómate, ya deben estar llegando.

LUISA ¿Ha visto usted los azahares que me dió la señorita Lucía?

ROSARIO Muchos son; de seguro que no te dió tantos...

LUISA Eso es decir... señora.

ROSARIO Eso es decir que te calles, que... (Suena un timbre.) ¿Ves? Te estarías hablando hasta el día del juicio... Ve a abrir en seguida.

LUISA Ya suben.

ROSARIO Serás capaz de haber dejado abierto. Si no fuera por los cuidados de la señorita Cristina, aquí entrarían ladrones, nos asesinarían, nos...

LUISA ¡Pero si el señorito tiene su llavín!...

ROSARIO Calla, calla...

(Entran por el fondo CRISTINA, ALVAREZ y DON OCTAVIO. Cristina tiene de 35 a 40 años, aun floridos; Alvarez representa parecida edad. Don Octavio es un viejo verde muy retocado.)

OCTAVIO Ya nos tienes aquí, mujer.

ROSARIO ¿Qué tal? Contadme.

CRISTINA (A Luisa, dándole el sombrero.) Pónlo en mi armario. (Sale Luisa.)

ALVAREZ ¡Si los hubiera usted visto en el vagón!... ¡Daba envidia!...

OCTAVIO Un par de tórtolos. Hasta el jefe de la estación tuvo que ver con ellos.

CRISTINA Hubieras podido ir en coche, mamá.

ROSARIO La calle se acabó para mí hace años... Además, a esas despedidas sólo se va a sufrir. Siempre es una hija que se pierde. (A Cristina.) Ahora nos quedamos tú y yo...

OCTAVIO Van como dos príncipes, no te apures... Cuando nosotros nos casamos no se viajaba tan bien... Da gana de volverse a casar.

CRISTINA No bromees, papá. Todos no tenemos en un día como hoy tu buen humor. Ya ves, mamá está emocionada.

ROSARIO Emocionada, pero... de alegría. Ya tenía ganas de que se casaran esas chicas. (A Alvarez.) Delante de usted puede decirse todo, usted es de la familia casi.

ALVAREZ (Con secreta melancolía.) Casi, casi...

ROSARIO Una casa donde hay aspirantes al matrimonio, es siempre una casa revuelta. Con ellas se ha ido la alegría, pero ha quedado el orden... Lucía será feliz como las otras dos que se casaron, y nosotros también.

OCTAVIO La suerte ha querido dejarnos en casa la mejor.

CRISTINA ¡Papá!...

OCTAVIO A la más hacendosa. ¿No digo bien, Alvarez?

ALVAREZ (Siempre un poco cohibido.) Sin duda.

ROSARIO En fin, Cristina, dame el brazo y ven conmigo a quitarme esta coraza de corsé. Es la última vez que me lo pongo.

CRISTINA (Cogiéndola casi en brazos y tomando una postura muy cómoda para ayudarla mejor.) Vamos, mamá.

OCTAVIO (A Alvarez.) Es nuestra providencia.

ROSARIO (A Cristina, mientras, sostenida por ella, va a pasos lentos hacia una de las puertas laterales.) Y ocúpate del comedor, no vayan a faltar tenedores como en la boda de Julia. Desconfía de Luisa, es una urraca; sítate en los azahares que ha robado. (Salen. Mien-

- tras tanto, don Octavio ha ofrecido a Alvarez un cigarrillo.)
- OCTAVIO Ahora, una buena ducha, y al casino.
- ALVAREZ Ya ha cumplido usted sus deberes paternales.
- OCTAVIO Por fortuna que no son a menudo... A usted, que es del sesudo gremio de los solterones, puedo decirle mis confidencias de padre casamentero.
- ALVAREZ ¿Tan malas son?
- OCTAVIO Peores... Verá usted; es que yo tengo la endiablada facultad de ver en esos momentos todas las cosas ridículas, y tengo que morderme los labios para no soltar el trapo y que crean que estoy casando a mi hija en broma... Hoy, por despedida, créi que lo soltaba.
- ALVAREZ ¡Y yo que me figuré que estaba usted emocionado!...
- OCTAVIO El ramo de azahares era demasiado grande, y parecía que le nacía a Lucía en la cabeza; al cambiarse los anillos, al muchacho se le agarrotó un dedo; por uno de los cristales de colores, entraba un rayo de sol que caía justamente sobre la coronilla de mi consuegro; el sacristán no se había afeitado y...
- ALVAREZ Es raro que pudiera usted fijarse en tantas cosas.
- OCTAVIO ¿Verdad? Yo que soy tan distraído ¿eh? En esos días me vuelvo un lince.
- ALVAREZ Y yo, mientras tanto, pensaba...
- OCTAVIO ¿Quiere usted que le diga una cosa?
- ALVAREZ A ver.
- OCTAVIO Con la franqueza de nuestra antigua amistad, ahora que no puede parecer interesada la observación. Yo sé en lo que pensaba usted hoy...
- ALVAREZ (Turbado.) ¿De veras?
- OCTAVIO Me parece que se decía usted: «Me he dejado birlar una mujer por la cual hu-

- biera dejado de formar parte del sesudo gremio...»
- ALVAREZ No; es decir...
- OCTAVIO Verdad es que en las otras bodas también se me ocurrió lo mismo. En cinco años, son las tres veces que lo he visto a usted más pálido, amigo Alvarez.
- ALVAREZ Cosas de usted.
- OCTAVIO Es que se va poniendo difícil eso de casar chicas; menos las dos primeras, que casi al salir del colegio se casaron de sopetón, con dos militares, naturalmente, las dos mayores... Cristina ya no cuenta, claro, y más vale así, pero la misma Lucía, pensábamos más de una vez que iba a quedarse en casa.
- ALVAREZ ¿Fué mucha la dote que le dejó su padrino el año pasado?
- OCTAVIO Lo bastante para que en cuanto yo me enteré del testamento, se me pasase el temor de verla vestir santos. (Ha concluido de fumar.) ¡Bah!, cigarrillo acabado, ducha empezada. ¿Me espera usted aquí? Acérquese a la chimenea con un periódico, y antes de que haya usted leído el fondo, ya estoy listo.
- ALVAREZ Vaya usted, vaya. (Sale por la derecha don Octavio. Alvarez ha cogido el periódico y se ha sentado en la butaca, junto a la chimenea; pero en cuanto queda solo, se levanta, se acerca al timbre, titubea, lo oprime al fin y vuelve a sentarse muy turbado. Casi en seguida entra LUISA.)
- LUISA Créi que estaba el señorito aquí.
- ALVAREZ No... no está; fué a bañarse.
- LUISA Debe de ser la señorita entonces la que llama. (Va a salir.)
- ALVAREZ Oye, Luisa.
- LUISA Mande usted.
- ALVAREZ No es la señorita ni el señorito; soy yo.
- LUISA ¿Eh?
- ALVAREZ Que soy yo el que llamo.

- LUISA (Coqueta al ver el aire misterioso de Alvarez.) ¿Es que quiere usted... agua; no es eso?
- ALVAREZ Quiero que me hagas un favor.
- LUISA Hecho... Si no pide usted demasiado.
- ALVAREZ Ve, y sin que te oiga la señora ¿sabes? dile a la señorita Cristina que yo quisiera hablarle dos palabras que...
- LUISA (Un poco decepcionada.) No faltaba más, señorito...
- ALVAREZ (Dándole dinero.) Toma.
- LUISA No se moleste usted... (Toma el dinero.) Venrá como en seguida está aquí ...Mírela, sin llamarla.
- (Aparece CRISTINA en la puerta de la izquierda.)
- CRISTINA ¿Qué haces aquí, mujer? (A Alvarez.) ¿Papá lo ha dejado solo?
- ALVAREZ Como otras veces, Cristina; pero hoy...
- LUISA Es que el señorito Alvarez llamó, y...
- ALVAREZ Para... preguntarle la hora que era; se me ha descompuesto el reloj.
- LUISA (Con intención.) Si que es lástima tener el reloj descompuesto...
- CRISTINA Deben de ser cerca de las cuatro. (A Luisa.) Vaya usted, no llame mamá.
- ALVAREZ Muchas gracias, Luisa... (Luisa sale curioso-seando.) Le decía antes que me alegró hoy de que su papá me haya dejado solo.
- CRISTINA ¿Y por qué?, si puede saberse.
- ALVAREZ Porque... porque necesito decirle dos palabras, Cristina.
- CRISTINA ¿A mí?
- ALVAREZ Precisamente a usted... ¿Le sorprende tanto?
- CRISTINA No... es decir...
- ALVAREZ Si es que le molesta, si...
- CRISTINA ¡Qué ha de molestarme! Lo encuentro raro hoy...
- ALVAREZ Sí que debo estarlo.
- CRISTINA Por eso me sorprendí; por lo demás, usted sabe que casi es de la familia.
- ALVAREZ Del todo quisiera serlo yo, Cristina.

- CRISTINA Pues no veo el modo. ¿Por qué dejó usted que le tomaran la delantera mis cuidados?
- ALVAREZ Eso mismo acaba de decirme don Octavio. Sin duda yo pude haber hecho un buen cómico o un buen diplomático, cuando tan bien sé disimular.
- CRISTINA ¿Es que me habla usted en serio?
- ALVAREZ Afligido casi, ya lo ve usted, Cristina... yo soy un hombre tímido. No me he casado antes por miedo, por vergüenza...
- CRISTINA Tiene gracia.
- ALVAREZ (Bajando la cabeza.) Y también porque no he encontrado con quien casarme hasta hace... cinco años.
- CRISTINA ¿Cinco años?
- ALVAREZ No es que me haya faltado el valor de declararme, y sí hasta cierto punto... Eso de la declaración parece que es muy complicado y hasta algo ridículo por bien que se haga...
- CRISTINA No sé, no sé...
- ALVAREZ Los chicos lo entienden mejor cuando se dicen: «¿Quieres ser mi novia?» Así me hubiera gustado a mí... Pero además es que no tenía prisa. Mi cariño, mi amor es tan puro que no puede ser impaciente.
- CRISTINA Ya se ve...
- ALVAREZ Y esa mujer que conozco desde hace tanto tiempo, que adoro desde hace tanto tiempo... (Cristina comprende de pronto y se ruboriza.) ¿Ha comprendido usted?
- CRISTINA No, no...
- ALVAREZ ¿Debo atreverme? Hace cinco años, Cristina, que la quiero, que...
- CRISTINA Calle usted. ¡Es una locura!
- ALVAREZ ¡Cristina!
- CRISTINA Yo ya no cuento; estoy descartada. Soy la mujer que no se casa. Usted olvida que tengo treinta y ocho años.
- ALVAREZ Cincuenta tengo yo.
- CRISTINA No se ponga usted edad, que sé que so-

- lo tiene cuarenta y siete. Y aunque los tuviera, para los hombres es distinto. Además...
- ALVAREZ ¿Además, qué?
- CRISTINA Mis padres no esperan que yo me case; nadie lo espera, y sería ¿cómo diré yo? una especie de desilusión... Mamá está enferma, casi impedida; papá, la sola comida que hace en casa tiene que ser hecha por estas manos...
- ALVAREZ Si no es más que eso...
- CRISTINA ¿Le parece poco?
- ALVAREZ Doña Rosario puede arreglarse con una criada fiel, vivir con nosotros... Ya se vería. Y en cuanto a mi señor don Octavio, su papá, le advierto que es famoso en el Círculo por los emparedados de jamón que se engulle todas las tardes.
- CRISTINA ¿Qué me dice usted?
- ALVAREZ Una cosa es obedecer, ser buena hija, y otra ser esclava, servir de juguete...
- CRISTINA (Un poco para sí misma.) ¡Qué iban a decir!
- ALVAREZ Entonces, ¿acepta usted?
- CRISTINA Yo no he dicho aún...
- ALVAREZ (Melancólico.) Es verdad, es verdad... ¡Cómo habla de quererme!...
- CRISTINA Pero venga acá, hombre terco. ¿Usted cree que a los treinta y ocho años no sabe una mujer lo que es el amor... es decir, el matrimonio? Yo no he visto casarse sólo a mis hermanas: he asistido a más de cien bodas, he visto noviazgos, rupturas, traiciones a granel... Teóricamente, amigo Alvarez, el matrimonio no tiene secretos para mí.
- ALVAREZ ¿Y a dónde va usted a parar?
- CRISTINA A que de cien mujeres que se casan, noventa y ocho se casan sin estar enamoradas del marido; de éstas, acaban por enamorarse cinco o seis; de las demás, unas se rebelan, que son las menos, y otras se resignan, que son las más.

- ALVAREZ Si que está usted fuerte en estadística.
- CRISTINA Bien sabe usted que sí. Y las que se resignan no es que no quieran enamorarse: es que no pueden. Toda mujer que se casa juega como una lotería donde hay premios chicos y grandes, y con un poco de voluntad, casi siempre aproximaciones.
- ALVAREZ (Señalándose a sí mismo.) ¿Usted quiere este número en la lotería?
- CRISTINA (Siguiendo la broma.) Así de repente... No traigo suelto.
- ALVAREZ No se fije usted en que no sea un número bonito; todos entran en el bombo, y hay sorpresas;... a veces los más feos son los que salen.
- CRISTINA No, no, gracias.
- ALVAREZ (Imitando a un vendedor de billetes.) Llévelo usted, señorita... Fiado; llévelo usted, que es la suerte. Mire que luego se va a acordar... Se juega mañana mismo... (En serio.) Mañana mismo nos casamos.
- CRISTINA No sea usted aturdido. El champan de las bodas debe ser contagioso... Reflexione usted otros cinco años.
- ALVAREZ No, imposible.
- CRISTINA Otros cinco meses...
- ALVAREZ Ni otros cinco días, ni otros cinco minutos.
- CRISTINA Venga usted mañana y...
- ALVAREZ ¿Me querrá usted mañana?
- CRISTINA No. Mañana le diré si me es posible quererlo alguna vez; usted sabe que lo estimo, que me es simpático, pero... Va usted demasiado despacio o... demasiado de prisa...
- ALVAREZ Cristina, mi timidez era desconfianza. Ahora sé que no le soy antipático, que es posible, y ¿quién dijo miedo?
- CRISTINA Pero hombre de Dios, esas cosas no se hacen así; eso es un escopetazo. Caso de que hablara a mis padres, de que fue-

- ra posible, tendríamos que tener relaciones, que ver si congeniábamos.
- ALVAREZ ¡Con el tiempo que hace que la conozco! Me la sé de memoria.
- CRISTINA Pero yo a usted no. Mi vida es muy sencilla, muy transparente. Siempre he sido segunda madre de todas mis hermanas, y ahora casi lo soy de mamá.
- ALVAREZ ¿Y cree usted, Cristina, que si en mi vida hubiera algo turbio hubiera yo dado este paso? Soy libre, no soy pobre, y estoy enamorado como un muchacho. ¿Qué me contesta usted?
- CRISTINA ¡Oh, Alvarez!...
- ALVAREZ ¿Ríe usted ... ¿Es que va usted a llorar?...
- CRISTINA Es que estoy sorprendida, alegre, y con ganas de soltar las lágrimas. ¡Yo que me había hecho ya la idea de no casarme! Las últimas ilusiones acababan de morir en mí y estaba tan tranquila, tan resignada... Ahora usted las resucita, usted viene a decirme que aún es tiempo... Al ver marchar el tren donde iba Lucía, tuve un momento de tristeza tan desgarradora, tan profunda, que parecía una fiebre, un dolor físico...
- ALVAREZ (A media voz.) ¡Mi pobre Cristina!
- CRISTINA Toda mi alma se rebelaba contra mi destino, y mi cabeza, que está muy bien sentada, créame, me decía: «Vamos, mujer, no sufras, ¿qué más da?» Pero el corazón se obstina en tener siempre quince años y sin hacer caso se revolvía furioso. (Con repentino rubor, tratando, en vano, de recobrar su serenidad.) ¡Dios mío! ¿Qué le he dicho a usted? No me haga caso. Nada de lo que se diga hoy debe de tomarse en cuenta.
- ALVAREZ Sí, todo, todo.
- CRISTINA Es un día de mucho sol, de muchas emociones; un día excepcional.

- ALVAREZ Excepcional, porque los dos hemos desoído a la fría cabeza y hemos dejado hablar los corazones. Yo no sé si usted me quiere, pero sé que se ha sacrificado y que anhela vivir totalmente, cumplir su destino de mujer...
- CRISTINA Tal vez sea tarde.
- ALVAREZ En amor, la juventud se cuenta de otro modo, por grados de pureza, y usted...
- CRISTINA (Interrumpiendo y señalando al pelo.) Las frases bonitas no cubrirían estas hebras blancas, que no quiero teñir, ni suprimirán estas arrugas de la boca.
- ALVAREZ Cristina, no me martirice usted. Yo no veo nada de eso. Su modestia, su dulzura, la ejemplaridad de su vida me deslumbran, en cambio, como la aureola de una santa, Cristina...
- CRISTINA Es usted muy bueno y muy noble. Yo quería decirle que a mi edad se puede o se debe ser ya sincera. ¿Ha creído usted comprender que todavía me gustaría casarme? (Venciendo dignamente el rubor.) Pues es verdad.
- ALVAREZ ¡Cristina: aun es mejor usted que lo que todos creen!
- CRISTINA ¿Y cómo no había de ser verdad? Usted lo ha dicho: yo he suspirado siempre por cumplir mi destino de mujer. Esa ansia, ese afán de ser maternal para todos los míos, nacía de mi alma y de mi ser. Yo ¿qué culpa tengo?... Pero callaba, callaba. ¿Quién hubiera comprendido? En estos últimos años sobre todo, cuando se decía: «Cristina no se casa ya, Cristina no necesita casarse», yo sonreía por fuera y lloraba por dentro, para mí sola.
- ALVAREZ ¡Pobre Cristina! Un día, me acuerdo perfectamente, su hermana Rosarito se empeñó en ir al teatro: no sé por qué, no había quien la llevase, sólo usted po-

- día. Pero usted era como ella, soltera ; don Octavio lo hizo observar.
- CRISTINA Recuerdo, sí...
- ALVAREZ Y entonces Rosarito dijo : «Bah, que me lleve Cristina ; todo el mundo la toma por mi madre...»
- CRISTINA No siga, Alvarez.
- ALVAREZ Y hubo más. Entonces su mamá, doña Rosario, como si cayese en la cuenta, exclamó : «Pues es cierto... Anda, ponte una de mis tocas y un gabán negro y llévala.»
- CRISTINA ¿Para qué recuerda usted todo eso? Son recuerdos tristes.
- ALVAREZ Para decirle que aquel día nació mi afecto por usted como una protesta, como un desagravio.
- CRISTINA ¡Si usted supiera!... Yo dejaba que se formase la leyenda de mi indiferencia, de mi... frialdad. Me parecía más digno. Y me guardaba los dolores para la noche. Había mañanas en que mi almohada estaba aún húmeda del llanto.
- ALVAREZ Ea ; no más tristezas ; yo soy el culpable por haber empezado a recordar... El pasado no existe. Yo me propongo en cuanto de mí dependa ; en lo posible, no crea que presumo...
- CRISTINA Gracias, gracias...
- ALVAREZ Y ahora dígame usted si se esperaba esta declaración.
- CRISTINA Me da mucha vergüenza, pero sí, señor... me la esperaba.
- ALVAREZ ¿De veras? ¿Desde cuándo?
- CRISTINA Desde hace cinco años. (Los dos se ríen emocionados.)
- ALVAREZ Ríase, que tiene razón... Cada vez que se aproximaba la boda de alguna de sus hermanas, yo me prometía declararme para que se hicieran las bodas juntas, ya ve usted.
- CRISTINA Entonces...

- ALVAREZ Entonces hemos sido cinco años novios sin decírnoslo.
- CRISTINA Hemos sido los novios más formales del mundo.
- ALVAREZ Como que a los cinco años nos tratamos de usted.
- CRISTINA Naturalmente, hombre.
- ALVAREZ Pues ahora verá si con mis cuarenta y cinco hago bien el galán. (Tomándole la mano que ella le abandona sonriendo.) Cristina, permítame, digo, permíteme... ¡Te adoro!... Déjame besar esa mano que...
- (En la puerta de la derecha aparece DON OCTAVIO en pijama y con una toalla al hombro y un estuche de uñas en la mano.)
- OCTAVIO ¡Anda morena!...
- CRISTINA ¡Papá!
- OCTAVIO ¿Desde cuando se despide usted de Cristina con tantas reverencias?
- ALVAREZ Desde... Usted comprenderá que si yo me he atrevido...
- OCTAVIO Supongo que no me irán ustedes a resultar novios.
- ALVAREZ Precisamente.
- CRISTINA Oye, papá.
- OCTAVIO ¡Zambomba! ¿Pero es cierto? ¿Novios ustedes?...
- ALVAREZ Desde hace cinco minutos.
- CRISTINA Desde hace cinco años, papá.
- OCTAVIO Pónganse ustedes de acuerdo porque hay una pequeña diferencia. ¡Y eso que no están casados aún!
- ALVAREZ Pero lo estaremos ; por mí, mañana mismo, a no ser que usted vaya a tener algún inconveniente.
- OCTAVIO Hombre, yo... Creo que debéis hablar con tu madre, Cristina... Ya sabes que los asuntos serios no son de mi negocio.
- CRISTINA Sí, sí.
- ALVAREZ De todos modos...

- CRISTINA Yo le hablaré y de ella depende todo.
(A Alvarez.) Usted sabe que, agradeciendo mucho su bondad, no le he dado una respuesta definitiva.
- ALVAREZ Ya me tiene usted aquí como un condenado a muerte.
- OCTAVIO Presiento que si hay obstáculos serán por parte de mi mujer. Yo, por la mía, no veo más que uno. (Gesto consternado de Alvarez.) Después de estarle llamando durante tantos años «amigo Alvarez», ¿cómo me voy a acostumar a llamarle «hijo mío»?
- CRISTINA Vamos, papá; no es esta la ocasión de reír.
- OCTAVIO Ni la de llorar tampoco, en todo caso.
(A Alvarez.) Pero hombre de Dios, eso se avisa... Vaya, vaya... Ya no tendré quien me arregle las uñas... aquí traía el estuche. ¡Ya no tendré quien se ocupe de mi pobre estómago!
- CRISTINA ¿Ve usted?
- OCTAVIO Estaba hecho a su sazón; manías de viejo, querido... ex-amigo... Nadie guisa unas croquetas como mi hija Cristina.
- CRISTINA En cambio los emparedados de jamón con mostaza inglesa...
- OCTAVIO Me ha descubierto usted ¡traidor!... Aun no es mi yerno y ya está tirando contra mí.
- ALVAREZ ¡Qué, don Octavio!
- OCTAVIO Sí, hija, es verdad; piedras y ladrillos es capaz de digerir tu padre. Pero es que en casa daban ganas de ponerse malo para que tú lo cuidaras a uno... Cástate, cástate en buen hora.
- CRISTINA Yo vendré a hacerte los platos que quieras.
- OCTAVIO Y usted perdone, Alvarez, este traje para esta conversación. A ver, que venga tu madre. (Toca un timbre.)
- ALVAREZ No; espere, espere...

- OCTAVIO Ya llamé.
- CRISTINA Sí, mejor es resolver inmediatamente.
- (Aparece LUISA en la puerta de la izquierda.)
¿Dónde está mamá?
- LUISA Sigue en el comedor. Dice que gracias a toda la corte celestial, se acabaron de una vez las bodas en la casa.
- OCTAVIO ¡Pues está enterada!
- LUISA Ya ve usted... ¿Me permite la señorita que le dé un beso? Que sea para bien... Que la señorita sea muy feliz.
- CRISTINA (Sin lograr desasirse de los brazos de Luisa.) Pero mujer...
- LUISA Es que yo me lo había figurado, y además... oí unas palabras, y...
- CRISTINA Bien, déjame ya... y mucho cuidado con decir nada a nadie, porque todavía no hay nada cierto.
- LUISA ¡Ay, señorita!... Si ya lo he dicho... Si se lo acabo de decir a la planchadora.
- OCTAVIO ¡Charlatana!
- CRISTINA ¡Qué lengua, Dios mío!
- ALVAREZ Ha hecho bien... Ahora tenemos que cazarlos por fuerza: ya lo sabe la planchadora.
- LUISA Sí, señorito; que rabien, que rabien todas las que decían que la señorita Cristina iba a vestir santos.
- CRISTINA Calla ya... Voy yo misma a traer a mamá.
- OCTAVIO Ve.
- ALVAREZ Vaya usted, Cristina. (Cristina sale por la izquierda.)
- LUISA Ya verán, señoritos, como van a rabiar las comadres del barrio. Esta mañana, al enseñarles los azahares que me regaló la señorita Lucía, me dijeron que ya podíamos arrancar el naranjo, porque no iban a hacer falta más flores.
- ALVAREZ Pues que rabien.
- LUISA Y es la del ultramarino. Como ella ha

enterrado ya a tres maridos, le parece que las que no se casan son fenómenos.

OCTAVIO Calla, espera.

ALVAREZ ¿Vienen ya?

OCTAVIO Sí.

ALVAREZ Yo no tengo valor de esperarlas.

OCTAVIO Casi no lo tengo yo... ¡Cómo va a ponerse!

ALVAREZ Vámonos a su cuarto y ellas nos llamarán.

OCTAVIO Eso es.

LUISA ¡Que salga con bien, señorito! (Luisa sale corriendo por el fondo y don Octavio y Alvarez por la derecha. DOÑA ROSARIO, sostenida por CRISTINA, entra muy indignada por la izquierda apenas han salido los otros.)

ROSARIO ¡Qué pantomima! ¿No se os ha ocurrido nada mejor? Parece mentira, hija; no te conozco.

CRISTINA Yo no he hablado de abandonarte, mamá. Tú no sabes las condiciones que yo hubiera impuesto, que tal vez no hubiera sido preciso exigir.

ROSARIO Si no hablo sólo por mí. ¿Qué importa al cabo una pobre vieja? ¡Que se fastidie! ¡Que se muera en manos de criadas! Al fin es el papel de las madres.

CRISTINA No sea usted injusta, mamá.

ROSARIO No sé que falta te hace casarte pudiendo estar aquí tan ricamente. Si hubiera sido hace diez o doce años... ¡pero ahora! Ya es tarde, Cristina.

CRISTINA Nunca es tarde para ser dichosa.

ROSARIO Hablas como una chiquilla. ¿Tú que sabes si lo serás?

CRISTINA Bueno, pues nunca es tarde para intentar serlo. Una vocecita interior me decía a mí todas las mañanas al mirarme al espejo: «Cristina, mujer, todavía es posible.» Cada año la voz era más débil, más distante... y ya casi era un

murmulo, un soplo que envolvía la última esperanza. «Nunca es tarde, me decía, nunca es tarde; mientras hay ilusiones hay juventud.»

ROSARIO Muy escondidas tenías esas ilusiones.

CRISTINA Y en vez de agradecermelo, me lo reprochas. Hace muchos años que callo; pero hoy quiero hablar, aunque no sea más que para que sepas lo que significó mi sacrificio. Yo hubiera querido lo que todas: vivir, volar, ver otras cosas, respirar entre otras paredes, ver otros muebles, otra luz; tener mi casa y una vida mía, mía, bien mía.

ROSARIO ¡Y yo te he quitado todo eso!

CRISTINA Perdóname este arrebato de un minuto, por tantos años de obediencia.

ROSARIO Muy bien... Nos queman los labios las palabras; es la primera vez que hablamos así.

CRISTINA ¡Si vieras mi corazón!

ROSARIO No lo creía yo tan poco sólido... ¡Por un hombre que no puedes querer!

CRISTINA ¿Que no le quiero? Lo respeto, lo...

ROSARIO Siempre se aprenden cosas nuevas. El respeto venciendo al cariño.

CRISTINA Y cariño es también. Le quiero como pueden querer las mujeres a mi edad, cuando quieren de buena manera, por agradecimiento.

ROSARIO Sí, sí.

CRISTINA A mi edad, mamá, cuando se ha sido como yo, hay un tesoro de ternura guardado: son los amores que no se tuvieron, son las cartas que no se escribieron... ¡qué sé yo!, y el primero que llega a nuestra puerta; como hemos esperado tanto tiempo en vano! nos parece un rey.

ROSARIO Nada, hija, tienes razón. Soy yo la loca y la egoísta. Cásate.

CRISTINA Tú sabes que no lo he de hacer; yo no

- pensé que tú fueras incompatible con mi dicha.
- ROSARIO Ni yo... Has sido una hija ejemplar, tú lo sabes.
- CRISTINA Pues quiero serlo hasta el fin, mamá.
- ROSARIO Tal vez soy yo demasiado avara queriendo conservarte. Mis achaques me hacen egoísta y olvidadiza... Has sido la mejor hija del mundo... Estoy nerviosa; ya hablaremos. Las dos hemos estado bruscas... ¡Es que esto ha sido tan repentino, tan inesperado!... Vamos a olvidar cuanto hemos dicho. ¿Quieres?
- CRISTINA No, mamá; vamos a entendernos con lo dicho y a dejar zanjado para siempre esto.
- ROSARIO Te tiembla la voz.
- CRISTINA No, no, verás. Será solo un momento. (Yendo hacia la puerta de la derecha.) ¡Papá! ¡Amigo Alvarez!
- ROSARIO ¿Pero estaban ahí?
- CRISTINA Sí; no te agites... Confía en tu hija... Verás.
- (Aparecen en la puerta de la derecha ALVAREZ y DON OCTAVIO.)
- OCTAVIO Ya me han dicho que vivirán con nosotros y que no tendrás que ponerte el corsé para la boda.
- ALVAREZ ¿Puedo ya?...
- CRISTINA (Conteniéndolos.) Un momento; espera, papá... Usted, amigo Alvarez, que ha sido tan bueno, tan comprensivo, no querrá prolongar esta escena que ha de serme muy penosa, y se conformará con mi respuesta sola.
- OCTAVIO Pero...
- ALVAREZ ¡Cristina!...
- CRISTINA No puedo, se lo agradezco a usted en el alma, pero me es imposible aceptar su... (El llanto le corta la frase.)
- ALVAREZ ¿Llora usted?

- OCTAVIO ¡Oh, Rosario!
- ALVAREZ No llore, me basta haber visto sus lágrimas; la comprendo a usted.
- CRISTINA Gracias, gracias.
- ALVAREZ Adiós. Ya ni siquiera podré volver a ser el amigo Alvarez como antes. Siempre quedará entre nosotros, para separarnos, mi proposición rechazada: esto conque nunca debí soñar... Adiós. (Va a salir.)
- ROSARIO Venga acá... También habla usted bien. Todo el mundo habla demasiado bien hoy... ¡Maestro Amor!
- ALVAREZ ¡Señora!
- OCTAVIO Venga usted.
- ROSARIO Ya no podrá volver a ser el amigo Alvarez. Le vamos a cambiar ese nombre por otro más dulce.
- ALVAREZ (Radiante.) ¿De veras?
- CRISTINA ¡Mamá de mi alma! (Cristina ha caído a los pies de su madre; Alvarez se arrodilla también. Hay una pausa henchida de lágrimas y caricias, y como es mucha emoción para don Octavio, que está en pie detrás del sillón de la anciana, la rompe con un gesto de bendición burlesca, que interrumpe ruido de voces que llegan de fuera.)
- OCTAVIO ¡Benedictus!... Me han interrumpido la bendición.
- ROSARIO ¿Qué pasa?
- OCTAVIO Voy a ver. (Sale por la puerta del fondo.)
- ALVAREZ ¡Mamá!
- ROSARIO ¡Hijos míos! (Aparece DON OCTAVIO.)
- CRISTINA ¿Qué era?
- OCTAVIO (Con espanto cómico.) ¡Dios nos asista! ¡¡La planchadora, la cocinera y la otra muchacha que vienen a felicitarte!!
- LUISA (Entrando.) Darle la enhorabuena. ¡Viva la novia!

ROSARIO ¡Esa Luisa! (La planchadora, la cocinera y la muchacha han entrado tumultuosamente y gritan: «¡Viva la señorita Cristina! ¡Viva la novia!» Mientras cae rápido el telón.)

FIN

